



Elia Canosa Zamora,
Universidad Autónoma de Madrid ~ elia.canosa@uam.es

Ángela García Carballo,
Universidad Autónoma de Madrid ~
angela.garcia@uam.es

Manuel Mollá Ruiz Gómez,
Universidad Autónoma de Madrid ~
manuel.molla@uam.es

Paisaje y patrimonio: la experiencia viajera de José Ibáñez Marín en Portugal

Sessão 8 - Paisagem, Património e Desenvolvimento

1. Introducción

Son varios los objetivos que se plantean en este trabajo, todos ellos en el ámbito de las relaciones que se establecen entre paisaje, patrimonio y excursionismo¹.

En primer lugar, es necesario recuperar el papel de excursionismo, en su sentido más clásico, en todo lo que significa descubrimiento y valoración del paisaje. De ahí que se elija la figura del Teniente Coronel Ibáñez Marín; por su papel relevante en la creación de la Sociedad Militar de Excursiones, con una fuerte carga procedente del pensamiento regeneracionista de aquellos años. En paralelo, por tanto, se plantea una reivindicación de figuras que, en aquel periodo, fueron pioneros en la actividad excursionista e iniciaron la tarea de difusión de esta práctica desde campos muy diversos (militar, geográfico, geológico...), pero siempre con un fondo pedagógico muy claro.

Aquí se presenta una visión particular del paisaje, desarrollada por jefes y oficiales del ejército español, quienes tuvieron el excursionismo como una actividad importante y que respondía a unos objetivos que iban más allá del simple ejercicio físico o de la contemplación de la naturaleza. El aspecto distintivo de este grupo es el valor otorgado a la historia militar como referencia para dotar de contenido a la memoria de los lugares.

El lugar, el paisaje en definitiva, adquiere una personalidad propia en función de esos atributos que su historia le otorga, estableciéndose una íntima relación entre configuración física y hechos allí acaecidos. Así, el paisaje se justifica por su papel como protagonista de determinados acontecimientos de relevancia histórica.

¹ Este trabajo se ha realizado dentro del proyecto de investigación CSO2008-03877 (Ministerio de Educación y Ciencia y FEDER).

No menos importante es enlazar esta vertiente del excursionismo con la valoración cultural del paisaje, la patrimonialización del mismo y la posible “recuperación” de determinados lugares, cargados, ahora sí, de significado.

Como ejemplo de lo que se acaba de señalar, entre los días 17 y 26 de abril de 1909, un grupo de jefes y oficiales del ejército español, miembros de la Sociedad Militar de Excursiones, y encabezados por su Presidente, el Teniente Coronel D. José Ibáñez Marín, hicieron un viaje por tierras de Orense y del norte de Portugal, acompañados por un grupo de jefes y oficiales del ejército portugués. El objetivo del viaje fue seguir el avance del ejército francés del Mariscal Soult desde Vigo a Oporto y su posterior retirada hacia Orense, como consecuencia de la entrada en Oporto de las tropas de Wellington.

Dos aspectos resultan del mayor interés en esta excursión. Por un lado, el hecho de que la parte que más destacada del periplo de Soult y sus tropas es, precisamente, la retirada hacia Orense. Durante todo el movimiento de tropas, las excelentes descripciones de Ibáñez Marín, a medida que recorren los caminos y sendas seguidos por los franceses, enlazan perfectamente los paisajes recorridos con la capacidad del Mariscal para mover a sus hombres. Esto, durante la huida, perseguidos por las tropas del Duque de Wellington, adquiere un carácter heroico; acentuado, precisamente, por la dureza de los paisajes descritos. Así, la retirada se convierte en un glorioso camino de supervivencia digno de toda admiración por parte de los militares excursionistas.

En segundo lugar, desde la relación entre paisaje y patrimonio, la gesta del Mariscal Soult, contada por Ibáñez Marín, podría ser un buen ejemplo y, a la vez excusa, para la recuperación del patrimonio monumental y paisajístico, tanto por su valor intrínseco como por los atractivos turísticos de la ruta. Desde Oporto hasta la frontera hispano-portuguesa, pasando por lugares como Guimarães, Montealegre, el puente de Mizarela o el Parque Nacional de Peneda Gêres.

2. El Teniente Coronel José Ibáñez Marín.

Nace en Enguera (Valencia) en 1862 y muere a la edad de 47 años en Melilla, en 1909. Considerado un militar intelectual en su época, estuvo también presente en la sociedad civil, a través de conferencias en tribunas como el Ateneo, la Real Academia de la Historia o la Universidad (Pérez de Guzmán, 1909, 407). Sus relaciones debieron ser especialmente intensas con el grupo del Club Peñalara, de Constancio Bernardo de Quirós. Él mismo señala esta afinidad cuando recuerda cómo empezaron sus andanzas por la sierra madrileña:

“(…) y por los senderos de la Sierra no circulaban sino raros grupos muy poco numerosos, de un carácter muy íntimo y cerrado, tales como el de los alumnos de la Institución Libre de Enseñanza, dirigidos por D. Francisco Giner y D. Manuel B. Cossío; el de la Sociedad de Excursionistas militares, capitaneados por el entonces comandante D. José Ibáñez Marín; el de los naturalistas del Museo, con D. Ignacio Bolívar a la cabeza, y el de los alemanes, guiados por Carlos Coppel. Desde aquella fecha [1902], inolvidable para nosotros, nuestro grupo de cinco [él, Enrique de Mesa, Enrique García Herreros, Luis Gorostizaga y Enrique de la Vega] fue uno más, el más reducido, sin duda, pero no el menos entusiasta.” (Bernaldo de Quirós, 1929, 236).

Años después de su muerte, su mujer desde 1891 Carmen Gallardo y Martínez Gamero, hija del fundador de la Revista Técnica de Infantería y Caballería de la que era colaborador asiduo, y sobrina del erudito, bibliófilo y hombre de letras Bartolomé José Gallardo, volvería a casarse con Enrique de Mesa, con el que habían coincidido en numerosas ocasiones en la Cartuja del Pualar (Ortega, 2004, 197).

Realizó sus estudios en la Academia de Infantería, completándolos en la Academia General Militar. En 1883, con 21 años, es alférez y cuatro años más tarde teniente. Durante los inicios de su carrera militar, después de una estancia breve en la península, es destinado a los

regimientos de Tetuan y Puerto Rico. Desde 1895, como capitán, se traslada a Cuba, donde recibiría varias condecoraciones por su participación en combate. Allí, ante la penuria del ejército, los errores de los mandos y la iniquidad de los políticos, se confirma como patriota regeneracionista, seguro defensor de la importancia de la formación profesional y espiritual del militar y la necesidad del fortalecimiento y modernización de sus estructuras.

El general Federico de Madariaga (1909, XIII), amigo y compañero en sus proyectos intelectuales, en el prólogo a su obra póstuma *Educadores de nuestro ejército* acusa, citando palabras de Ibáñez Marín, a “Constituyentes, Gobiernos, Estamentos, Virreyes al antiguo y nuevo uso, funcionarios venales de acá y de allá y militares estultos” de los desastres en las colonias. A todos “cuantos pusieron mano en más o en menos sobre la parte directiva del negocio”. Salva sólo a la tropa, cuyo valor enaltece.



Figura 1. Teniente Coronel José Ibáñez Marín. Fuente: Federico de Madariaga (1911).

Entre ambos destinos ultramarinos, tras una breve estancia en el territorio nacional, donde estuvo encargado del Proyecto de Reclutamiento y Reemplazo del Ejército, en 1892 estuvo comisionado durante un año en Francia, Bélgica, Italia, Austria, Alemania y Rusia, en misión especial para el estudio de sus ejércitos. Su cultura y el conocimiento del francés, “algo de italiano”, y “otras lenguas, incluso la alemana” (Pérez de Guzmán, 1909, 408) le convertían en un candidato especialmente adecuado para desempeñar la misión. Sus observaciones fueron publicadas en la *Revista Técnica de Infantería y Caballería*, fundada sólo un año antes por el teniente coronel Mariano Gallardo, convertido ya en su suegro. La revista se convierte en plataforma privilegiada para la publicación constante de artículos breves sobre el Ejército y monografías más amplias que aparecerán fuera de la colección. A su muerte se ensalza en sus páginas su reputación como *hombre de guerra*, además de *pensador, tratadista y viajero*. Se reconoce su relevancia en la dirección reciente de la empresa y de la publicación, de la que se había convertido en *el alma de ella*. *Su espíritu le animaba, de cerca o de lejos (...), le insufló su sangre, su inteligencia, su vida* (Editorial, 1909, 223)

En 1898 organiza la brigada de infantería de Gran Canaria (Madariaga, 1911, XXXI). Un año más tarde fue nombrado Jefe de las Secciones de Ordenanzas del Ministerio de la Guerra, cargo que ejerció hasta 1907 cuando fue elegido ayudante de campo por el Capitán General del Ejército Fernando Primo de Rivera. Sólo un año después, ascendido a teniente coronel por antigüedad, pasa a mandar el batallón de cazadores de Figueras y es enviado a África, donde muere al frente de sus tropas en el asalto del Atalayón, en Melilla.

Madariaga (1911, XI) en el panegírico que ensalza su figura, destaca sobre todo su labor como educador a través de su obra escrita, de sus conferencias y cursos impartidos y como “profesor durante periódicas excursiones a través de históricos campos de batalla”. Más de 20 libros y folletos y casi 100 artículos breves, en gran número conmemorativos del primer centenario de la guerra de independencia (Pérez de Guzmán, 1909, 421), avalan la amplitud de su trabajo. Combina obras más pedagógicas como *La educación militar* (1899), *Cartilla militar y patriótica* (1900), *Pedagogía militar* (1902) o *Los cadetes* (1903) con biografías como *Ruiz Mendoza héroe de la independencia nacional* (1891) o *Héroes de la manigua: Sanz Pastor Santocildes. El batallón de San Quintín* (1895), con otras sobre historia militar, *Estudios militares y políticos* (1902), centradas sobre todo en las guerras napoleónicas, *Campaña de Prusia en 1806: Iena-Lübeck* (1906) y *Bibliografía de la Guerra de la Independencia* (1908).

Sobre su libro de la Campaña de Prusia, el general Suarez Inclán (1907), miembro de la Academia de Historia, publicaría un informe especialmente elogioso en el Boletín en el que se refiere a su autor como “bizarro militar y un distinguido escritor”. Su trabajo es calificado de “interesante y erudito”, de “relevante mérito y merecedor de sumo aplauso”. El contenido de esta obra es fiel exponente de las preocupaciones de Ibáñez Marín. Junto a los hechos de guerra, analiza sobre todo “las razones de la ruina de un pueblo, entregado a la rutina y al marasmo” (Ibid, 103) dedicado a “trasnochadas maniobras y vistosas formaciones de parada”. La clave de los éxitos previos de Prusia estuvo en la extensión de los conocimientos militares en múltiples academias y en la protección, desde el estado, del “saber (...), el talento y la cultura dentro del ejército”. Las razones de sus derrotas están en la ausencia de atención a los cambios en los sistemas de combate impulsados desde la Revolución Francesa, resumidos en la flexibilidad y el orden abiertos junto a una estrategia basada en la reflexión y el cálculo. La formación de los mandos es fundamental para la victoria militar, así como “la fe absoluta en el triunfo” y “un arraigado sentimiento del honor” en las tropas.

Madariaga (1909, XXXIII) alaba en Ibáñez Marín su modestia y su falta de ambiciones políticas que le impulsaron a centrarse en la escritura. También recoge la fundación de la Sociedad Militar de Excursiones, con la que, como presidente, realizó salidas “notables a los picos del Guadarrama, a Sierra Nevada y últimamente a Portugal para estudiar también la invasión de Soult desde Galicia”. La memoria, escrita por el mismo Ibáñez Marín, fue lo último que publicó directamente (Ibáñez Marín, 1909).

La creación del grupo excursionista debe ser considerada como su obra más personal y valiosa. De hecho proyecta en ella su aprendizaje individual y sus aspiraciones para el futuro del Ejército. El interés por la Geografía militar, junto a inclinaciones particulares más difíciles de precisar, deben analizarse como apoyos fundamentales de su proyecto.

El estudio del territorio como teatro de operaciones militares, dotado, por tanto, de un fuerte contenido histórico, se iba abriendo camino en las academias militares (Herrero, 2002, 15). No obstante, Ibáñez Marín aún se duele de que esta materia fuera mirada con cierto desprecio por el profesorado, llegando incluso a enseñarla “burla, burlando... el padre capellán del Colegio” (Ibáñez Marín, 1911, 13). En las biografías publicadas en Educadores de nuestro Ejército enfatiza la capacidad pedagógica del general José Gómez Arteche, a quien considera su maestro, autor de la Geografía histórico militar de España y Portugal (1880), a través de las salidas de campo. Señala cómo “encandilaba a sus discípulos —por el texto— haciéndoles

sestear al borde de algún río famoso, con la descripción de desfiladeros y ondulaciones o con el relato de los épicos sucesos ligados históricamente a tal o cual fragosa altura” (Ibáñez Marín, 1911, 11). No sería hasta bastantes años más tarde y hasta fechas recientes, cuando “el reconocimiento” y las salidas a los campos de batallas famosas se consagraran como elemento esencial en la formación de los oficiales. En la actualidad las simulaciones por ordenador rivalizan con ellos en eficacia aunque quizás no en la calidad de la formación. La capacidad para desarrollar la “mirada militar” (“ojeada militar”, en la terminología de Villamartín, 1862, 565), cualidad que permite aprehender las condiciones militares del campo de batalla, es el objetivo de estos reconocimientos. La identificación con el territorio, la ampliación del conocimiento o el desarrollo del espíritu fraternal (Saro, 1900, 517), se obtienen, sin embargo, con las excursiones.

Suarez Inclán (1907, 419-420) clarifica esta conexión: “En la progresión de estos estudios no podía faltar para Ibáñez Marín la nota española; y siendo la de mayor relieve en nuestra historia moderna la guerra de la Independencia contra el mismo Napoleón, no se satisfizo con aprenderse de memoria toda la extensa exposición técnica y crítica de la parte militar de aquellos sucesos en Gómez de Arteche, el más sabio y profundo de sus intérpretes en España hasta ahora; sino que, fundando para el estudio práctico del territorio en que se verificó cada una de las campañas de aquella larga contienda, la «Sociedad militar de Excursiones», en unión con otros jefes y oficiales del Ejército que identificó con sus propios entusiasmos ó en quienes infiltró el mismo afán de profundizar aquellos estudios, dio principio á las preciosas expediciones científico-militares, cuyos anales han que dado certificados en las páginas de la Revista técnica de Infantería y Caballería, en otras muchas publicaciones periódicas, (...) ó en folletos”.

En el general Arteche estaba la semilla de las excursiones que germinaría en Ibáñez Marín. El contacto directo y personal con suelo español se convierte para este autor en algo imprescindible para la formación de los mandos militares. Sobre todo porque establece lazos patrióticos indisolubles con el territorio. No busca sólo la belleza o el conocimiento, pretende lograr el sentimiento patriótico que debe estar unido a la verdadera comprensión del territorio y la batalla. La sintonía con las ideas expuestas por Unamuno (1909, 300) en su valoración de las Excursiones es casi completa. Sus recorridos son “no sólo un consuelo, un descanso y una enseñanza; son además, y acaso sobre todo, uno de los mejores medios de cobrar amor y apego a la patria. Por razones de patriotismo debería fomentarse y favorecer las sociedades de excursionistas, los clubs alpinos y toda asociación análoga”.

En una de las colaboraciones más sinceras de Ibáñez Marín en la Revista Técnica de Infantería y Caballería, ante la contemplación de la plaza de Gibraltar, se inflama de patriotismo y, “como todo español”, desea “romper la obra inicua de Inglaterra, dominar en Gibraltar, detener el predominio de la Gran Bretaña y sus auxiliares en África, influir y gobernar en Marruecos, en la medida impuesta por el honor, el abolengo y la misión, herederos de siglos valerosos” (Ibáñez Marín, 1890, 613).

El espectáculo que le hace sentir tamaña alteración se inicia “cuando los oblicuos rayos del sol trazan una estela de brillantes fulgores que, arrancando desde los picachos de Sierra Bullones [Gibraltar] se posaban en nuestra retina. Parecían a la imaginación enardecida como la huella por donde la exuberancia de la vida nacional debía marchar a sus destinos. Ceuta mostraba su promontorio del Hacho; y el delirio provocado por un ciego amor patrio, lo quería ver coronado de cañones, robusto, potente, amenazador e inexpugnable, presidiendo la entrada de ese mar de nuestras inspiraciones, ruta luminosa de pasadas glorias y valiosísimas colonias ultramarinas” (Ibid. 609).

La visión final “de un artillero inglés, investido de ese insoportable orgullo británico cuyo secreto radica en el dinero y en el poderío emanado de una política pobre de escrúpulos”, es el detonante para las reflexiones más belicistas. Antes militar que intelectual, utilizando la paradoja que usaban las elites cultas para catalogar a sus colegas del ejército (Calleja, 2007, 87), casi

como un remedo precursor del personaje interpretado por Woody Allen en la película *Misterioso asesinato en Manhattan* que, al escuchar a Wagner deseaba invadir Polonia, Ibáñez Marín, al contemplar los paisajes ultrajados por la presencia extranjera, desea tomar las armas y ocuparlos. El romanticismo militar llevado a sus extremos es más poderoso que el equilibrio del intelectual reformista.

Pese a estos matices, la importancia de la figura de Ibáñez Marín radica en su aportación temprana del excursionismo, con todos sus valores, al ejército. En su proyecto regeneracionista, el paisaje, en realidad el territorio dotado de valores culturales, es una de las bases esenciales para la mejora profesional de los mandos.

3. El mariscal Soult en Portugal: campaña de 1809.

Una de las excursiones más interesantes que los miembros de la Sociedad realizaron fue, sin duda, la hecha por el norte de Portugal, en compañía de oficiales y jefes del ejército de ese país, siguiendo la campaña del mariscal Soult desde Vigo a Oporto y su retirada posterior hacia Orense. El propio Ibáñez Marín, autor de la memoria, destaca el valor de la campaña como aprendizaje sobre la guerra en tiempo de paz:

“Para todo militar observador, esta campaña memorable ofrece una serie de enseñanzas tan ricas y tan variadas, que pocas le sobrepasarán ciertamente. Si estos militares son portugueses o españoles, el interés sube de punto, por referirse a un fragmento de la epopeya contra las águilas napoleónicas, que nuestros padres trazaron con su heroísmo y su perseverancia y amor patrio...” (Ibáñez Marín, 1909, 2).

Destaca Ibáñez Marín el papel esencial de dos elementos unidos, el duro paisaje de la región y la bravura de quienes luchaban por deshacerse de la ocupación del ejército francés.

“Los contendientes llevaban uno y otros en su espíritu, conjuntamente con su experiencia y su arte, la pasión de servir al Emperador para ser y dominar; el ansia de servir a su Patria y de realizar su gloria para librarla del yugo del invasor. Cuanto más que el teatro de lucha había de ser el laberinto granítico que emerge desde el Océano y se extiende, bronco y difícil, entre el Miño y el Duero, zona desemejante a las que Soult había recorrido en Europa, sus caminos, sin abastecimiento, sin recursos de ninguna clase y, por el contrario, envuelta en una atmósfera de pasiones viriles, nacidas del enojo con que vibraba el alma nacional, traidoramente herida por la mano del Titán corso.” (Ibáñez Marín, 1909, 3).

El viaje se realizó entre los días 17, llegada a Orense, y 26, regreso desde Oporto, de abril de 1909. Durante el recorrido visitaron los lugares más significativos de la campaña de Soult, Verín, Chaves, Braga y Oporto, sin dejar los lugares más destacados de batalla.

El paisaje, tortuoso y pobre en recursos, engrandece la campaña de Soult y su posterior retirada, lo que aumenta aún más el valor de los aliados que fueron capaces de expulsar al ejército napoleónico de aquellas tierras. Esto permite, además, hacer a Ibáñez Marín una bella descripción de los lugares recorridos, como en el trayecto de Chaves a Braga, del que escribió:

“Áspero y difícil como pocos, es este camino elegido; ahora, y con más razón entonces, lo constituye un veredón por el cual marchan solamente y malamente además, las carretas del país, especie de “corredoira gallega” seca y pedregosa, que al llegar a la cima degenera en senda de cabras. Por aquellos peñascales y por los tajos por donde se descuelgan los torrentes, se engolfó Soult con Artillería y con Caballería. Cuanto más que la esterilidad de la tierra sólo puede sustentar aldeas miserables que, por añadidura, estaban casi desiertas, porque el odio de sus naturales los había lanzado al monte para hacer más daño a los invasores. Solamente viendo aquellas guajaras que emergen laberínticamente entre las nevadas cimas de Gerez y la Cabreira, recorriéndolas por sus veredas y morando o cruzando por sus aldeas misérrimas,

ennegrecidas por el humo y por la basura, es como puede apreciarse bien la empresa del Duque de Dalmacia.” (Ibáñez Marín, 1909, 34).

La entrada de Soult en Oporto es uno de los hechos más dramáticos de los que narra Ibáñez Marín. Más de 10.000 personas murieron en la toma de la ciudad, sobre todo durante la huida de los portugueses por el puente de Barcas hacia Vila Nova de Gaia. El puente había sido cortado por el brigadier Parreiras una vez cruzado a la otra orilla,

“volviéndose a poner los pontones cuando la multitud de pueblo y de defensores comenzó a afluir huyendo también para la orilla izquierda, unos atravesando el Duero a nado, otros en barquichuelos y la mayor parte por el puente. Todavía bien porque no hubiera habido tiempo de reponer los pontones completamente o porque el puente se rompiese con el peso de la masa que empujaba con la desesperación de su pánico, es lo cierto que millares de personas cayeron al río y fenecieron...la caballería portuguesa que huía, atropellaba sin piedad a las pobres gentes, abriéndose paso a cuchilladas. (...)”

No terminaron las desdichas que sufrió la ciudad... la lucha encarnizada sostenida en calles y en casas, los asesinatos, el robo y el saqueo, propios de tales casos, sembraron el luto y la desesperación por todas partes.” (Ibáñez Marín, 1909, 51).

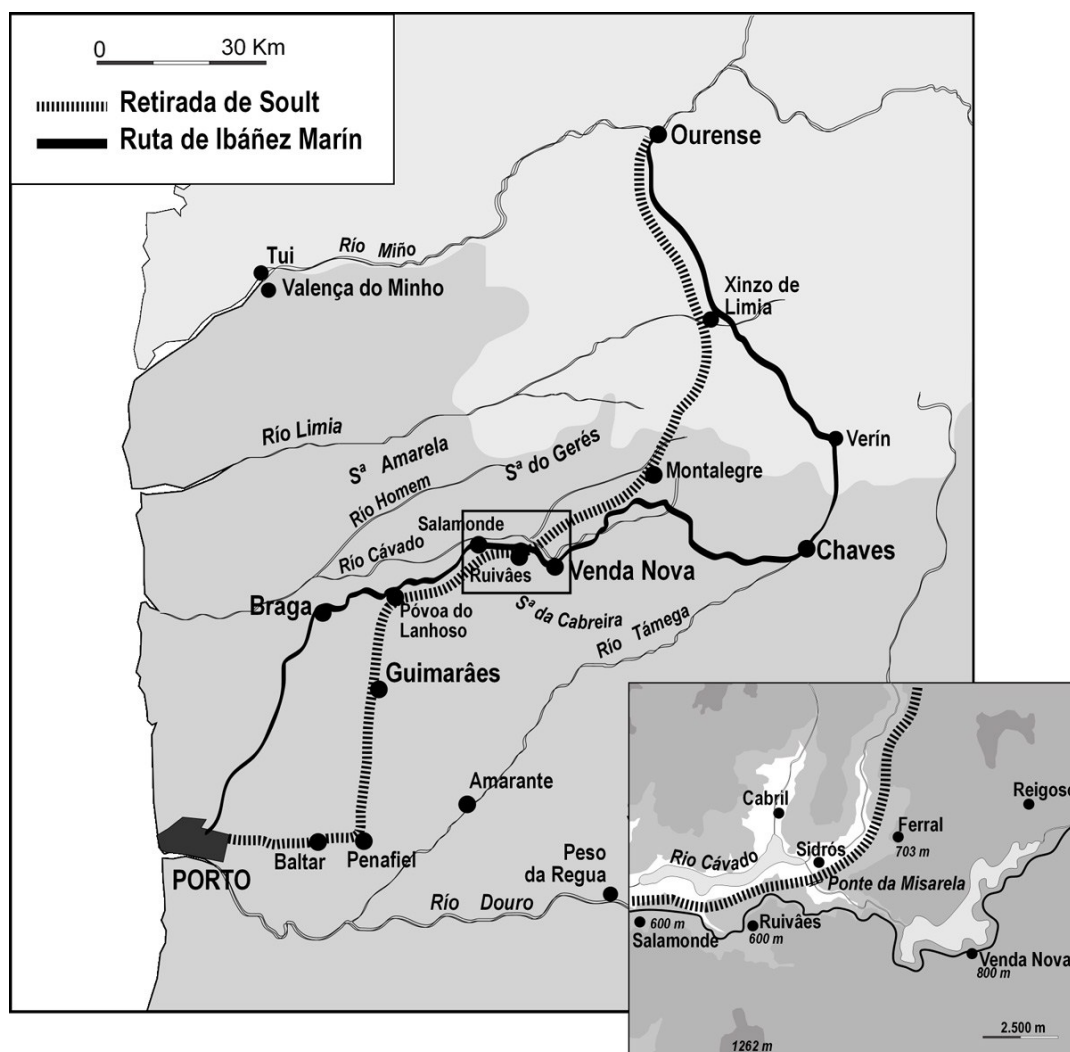


Figura 2. Itinerario realizado por la Sociedad Militar de Excursiones siguiendo la retirada de Soult.



Figura 3. Garganta del río Cávado en el trayecto de Chaves a Braga (Fotografía de Manuel Mollá).

Pero será la retirada de Soult, con la llegada de las tropas de Wellington a Oporto, la parte más destacada de las que describe Ibáñez Marín, uniendo de nuevo heroísmo y paisaje, en una relación directa que otro viajero, esta vez francés, puso de relieve, pero con diferente signo, cuando visitó el campo de batalla de Bailén. En su artículo “Edgar Quinet, viajero del lenguaje en Bailén”, Encarnación Medina Arjona pone de manifiesto la decepción de Quinet. Escribe la autora:

“De la carta manuscrita del general Dupont a Berthier, Edgar Quinet, cita textualmente: “Nous nous trouvions au milieu des montagnes impraticables de la Sierra dans la situation d’une armée assiégée” (p. 160). La frase dará pie a un párrafo de lamento por el engaño y la decepción. Engañado, porque tras ver el paisaje desde el Herrumblar hasta el Guadalquivir, faltaban las montañas impracticables a las que hacía referencia el general y en su lugar aparecían suaves cuevas sembradas de olivos, el escrito observa con decepción cómo el texto que él preveía creación del relato de una batalla épica se le desmoronaba ante la escena de debilidad.” (Medina Arjona, 2006, 84).

La situación descrita por Ibáñez Marín es diferente. Aquí, el paisaje es uno de los grandes enemigos en la huida de las tropas de Soult, lo que ennoblece una acción en principio, desde el punto de vista puramente bélico, de deshonor, como lo es toda fuga frente al enemigo.

“Las marchas de Guimaraes á Montealegre constituyen la parte de campaña más difícil y por ello más gloriosa para el mariscal y para sus tropas. Solamente viendo aquel suelo surcado por torrentes que se descuelgan de cimas enhiestas y por canchales horribles a valles hondos, de brava hermosura, pero áridos, pobres, sin caminos y sin medios de vida, es como puede admirarse bien la retirada de aquellos valientes veteranos, en cuyo espíritu vibraba el instinto militar. (...)”



Figura 4. Camino tortuoso en la ruta de Chaves a Braga (Fotografía de Pedru Li).



Figura 5. Vista de Guimarães. Soult atravesó esta ciudad con sus tropas durante la retirada. (Fotografía de Deyvis Malta).

El primero de estos afluentes es el llamado de Ruivaes o río saltador, que se abre paso por un valle profundo de lecho rocoso y de márgenes ásperas y montuosas...sólo podía franquearse inmediato a la villa de Ruivais, deliciosamente acostada en un valle riente... El segundo afluente, más bravo y ronco si cabe, tiene también los nombres de Ribeira de Mizarella

o río Regabao... [tiene que salvarse] por un pequeño puente que existe cerca de su confluencia con el Cavado, el cual sólo es de un arco y de tan escasa anchura su tablero, que sólo permite el paso de a dos.

Esta retirada fue muy penosa; la lluvia pertinaz y las marchas interminables por horribles senderos, a través de rocas y de montes, rendían a los hombres y destrozaban su calzado. Los desgraciados que quedaban rezagados eran asesinados por el paisanaje. Todas las aldeas estaban abandonadas; las tropas sólo comían maíz molido o triturado..." (Ibáñez Marín, 1909, 75).

Pero finalmente, las tropas llegaron a Allariz con pocas bajas.

En el relato de la excursión hay continuas referencias a la hospitalidad de los militares portugueses y las autoridades españolas en ese país. En ocasiones, oficiales portugueses realizaron tramos de la excursión con los españoles. La relación que se produce es uno de los aspectos más valorados:

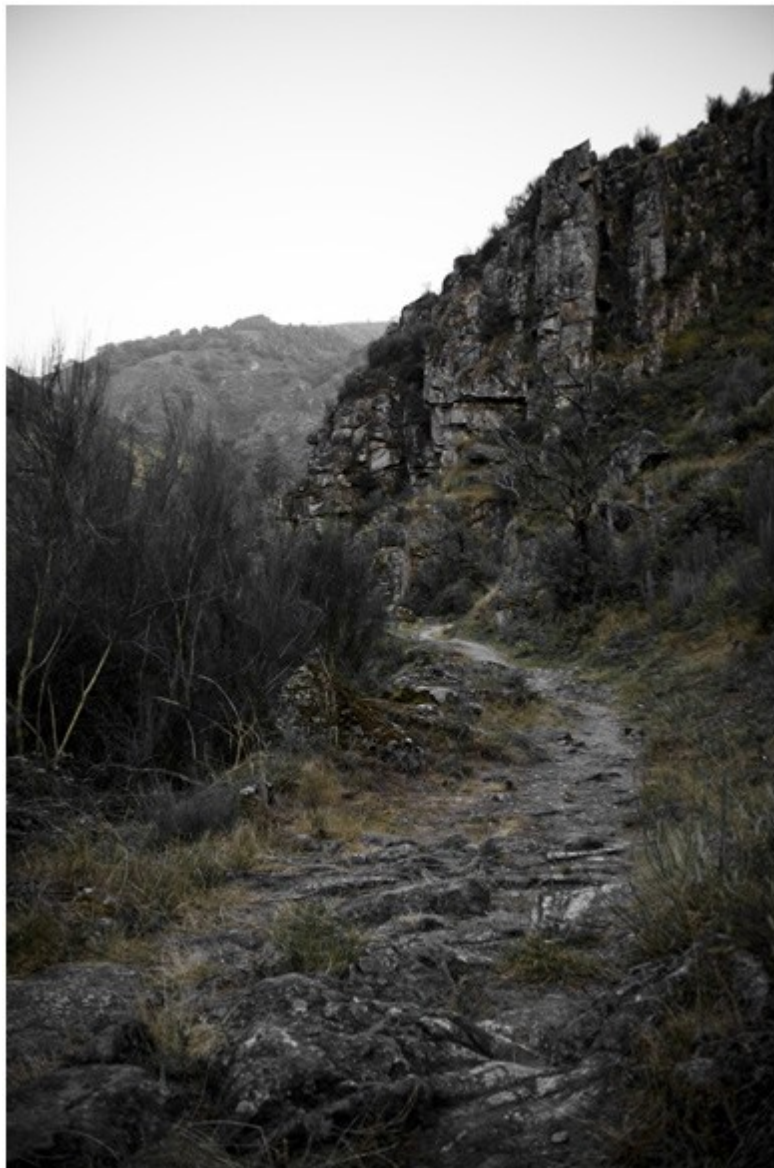


Figura 6. Camino en la zona de Ruivaes, hacia el puente de Mizarela. Durante su difícil marcha las tropas francesas tuvieron que abandonar toda su impedimenta (Fotografía de Pedru Li).

“Y concluimos enviando un abrazo que selle el gratísimo afecto y el compañerismo engendrado por el trato de las marchas y la relación en una convivencia íntima y fraternal... [a los 4 oficiales portugueses que estuvieron con ellos] a quienes, así como a los demás camaradas del valiente ejército portugués, saludamos con el franco y leal entusiasmo de hombres que profesan en la religión de las Armas.” (Ibáñez Marín, 1909, 82

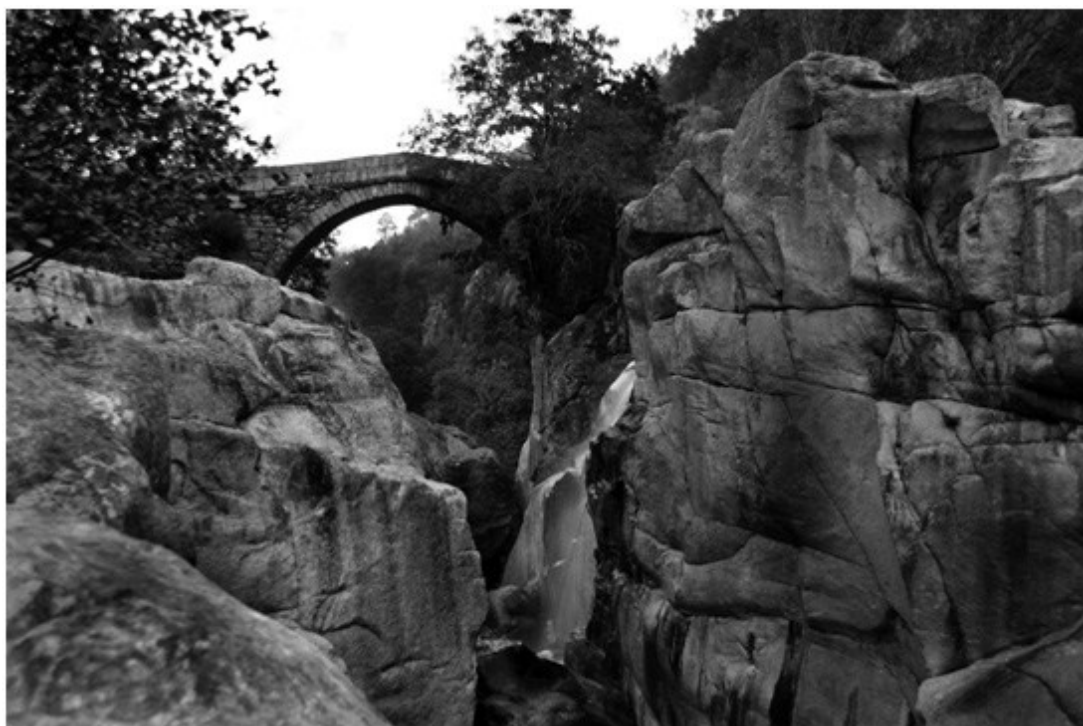


Figura 7. Puente de Mizarela. Uno de los muchos obstáculos que durante el camino hacia Allariz encontraron las tropas de Soult. (Fotografía de Manuel Mollá).

4. A modo de conclusión.

La Sociedad Militar de Excursiones supo rescatar una serie de paisajes por su marcado interés desde el punto de vista histórico militar; paisajes que, en general, no tenían un gran valor desde perspectivas más turísticas o, incluso, paisajísticas. No se trata de la alta montaña, sino de lugares

En este ambiente, el excursionismo militar en España, como fórmula educativa para la oficialidad tuvo la vida de la Sociedad Militar de Excursiones, puesto que con la desaparición de ésta, el paisaje se vuelve terreno, lugar de reconocimiento o para la realización de maniobras. Consecuencia también de innovaciones, descubrimientos y mejoras técnicas que ayudan cada vez más a que el terreno pierda el carácter de paisaje y, por tanto, deje de ser un elemento más que permita acentuar o disminuir valores tan queridos a la milicia como el del heroísmo.

Sin embargo, aquellos paisajes, más o menos transformados, existen como parte de la historia militar de cualquier país, por lo que cabe preguntarse si hoy tienen valor incluso más allá del uso puramente turístico que va cobrando auge en tantos lugares.

Bibliografía

Bernaldo de Quirós, C (1929) La colonización del Guadarrama. *Peñalara*, 190/191/192: 231-240/255-263/279-290.

Calleja Leal, G (2007) La enseñanza militar en el Ateneo Militar de Madrid 1871-1874. *Monografías del CESEDEN*, 97:71-113.

Editorial (1909) Teniente Coronel D. José Ibáñez Marín. *Revista técnica de Infantería y Caballería*, 1909: 223.

Gómez Arteché y Moro, J (1880) *Geografía histórico militar de España y Portugal*. Aribau y C^a. , Madrid (1^a edición de 1859).

Herrero Fabregat, C (2002) *La Geografía militar en España (1819-1936)*. Grupo Editorial Universitario, Madrid.

Ibáñez Marín, J (1890) El alma de los pueblos. *Revista Técnica de Infantería y Caballería*, 1890: 608-613.

Ibáñez Marín, J (1909) *El Mariscal Soult en Portugal (Campaña de 1809)*. Imp. de la Revista Técnica de Infantería y Caballería, Madrid.

Ibáñez Marín, J (1911) *Educadores de nuestro Ejército. Obra póstuma del Coronel de Infantería D. José Ibáñez Marín*. Bernardo Rodríguez, Madrid.

Madariaga, F (1911) Prólogo. In Ibáñez Marín, J *Educadores de nuestro ejército*. Bernardo Rodríguez: I-XI.

Medina Arjona, E (2006) Edgar Quinet, viajero del lenguaje en Bailén. *Elucidario*, 1:81-88.

Ortega Cantero, N (2004) Paisaje, Historia e identidad nacional. La imagen moderna de la Cartuja del Paular en el Valle del Lozoya. In vv.aa. *Estudios geográficos en memoria del profesor Antonio López Gómez*, Universitat de València, Universidad Autónoma de Madrid, Universitat d'Alacant, Valencia: 187-199.

Pérez De Guzman, J (1909) El Coronel Don José Ibáñez Marín como historiador militar. *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 1909:407-426.

Saro y Marín, L de (1900) Excursiones militares. *Revista Técnica de Infantería y Caballería*, 1900: 517-520.

Suarez Inclán, J (1907) Campaña de Prusia en 1806, por el Sr. Ibáñez Marín. *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 1907:102-112.

Villamartín, F (1862) *Nociones del Arte Militar*. Imprenta D.P. Montero, Madrid.